



TUS MEJILLAS...TU CUELLO

"Hermosas son tus mejillas entre los pendientes,
Tu cuello entre los collares" (Cantares 1:10)

Nuestra esposa nos atrajo por ella misma, su atractivo fue tal, que fuimos cautivados. Ante nuestros ojos es la más hermosa y los adornos que usa no son el objeto que percibimos para apreciar que lo es; para nosotros lo es; los pendientes y collares sólo resaltan su belleza. Sin embargo, el uso de estos adornos, que son parte del atavío femenino, deberá caracterizarse por el decoro, pudor y modestia, aunque el mejor atavío a usarse y que corresponde a las mujeres que profesan piedad es el de la sujeción, como una buena obra (1 Ti. 2:9-11), y el interno, el del corazón (1 P. 3:4). ¡Digamos también esto a nuestra esposa!

En la Biblia sólo Salomón hermosea las mejillas. Las más de las veces se les cita en el contexto de golpes, heridas afrentas y vejaciones (2 Cr. 18:23; Sal. 3:7; Is. 50:6; Lm. 3:30; Mt. 5:39; Lc. 6:29), cuando se trata de enemigos. Se dice que una bofetada es un acto de reproche; de ahí que resaltamos la actitud de Salomón.

Salomón está embelesado con la esposa, sus ojos la contemplan y no puede dejar de decir lo que le dicta el amor que siente por ella, y aunque hace mención del ornamento: "los pendientes", no hay en su amada el carácter orgulloso, soberbio y sin espiritualidad que este provocaba, algo que el Señor sí percibió de Israel (Is. 3:16-24). Así nosotros, en nuestro ayer, a pesar de que éramos orgullosos, soberbios y sin espiritualidad, el Señor tuvo compasión y los días malos quedaron atrás; ahora, en sus brazos, sólo escuchamos de él palabras dulces de amor, que nos prodiga porque nos ama, y así, "mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen" (2 Co. 3:18).

Salomón también se refiere al cuello de su esposa el cual también es hermoso, este, "entre los collares". Las hijas de Sion eran soberbias y andaban con cuello erguido (Is. 3:16); a nosotros nos doblegó el amor de nuestro Salvador, amor eterno por el que nos redimió; ahora ya hemos puesto nuestro amor en él y nada nos separará (Ro. 8:35-39).

Nuestra relación con Cristo es una relación de amor puro y grande; su amor excede a todo. "Nosotros le amamos a él, porque él nos ama primero" (1 Jn. 4:19), es una verdad que debe estar en nuestros corazones.

Ahora el Señor nos ve, en los lugares celestiales donde estamos con él, de una manera diferente por su gracia (Ef. 2:4-7).

Una palabra final:

Pensemos, sí, en "hermosura", pero mejor en "inclínate a él, porque él es tu señor" (Sal.45:11)